

Mitos acerca del trabajo

Recientes investigaciones llevadas a cabo por el profesor Peter Warr, destacado psicólogo industrial británico, muestran que el 69% de los hombres y el 65% de las mujeres con jornada laboral de nueve de la mañana a cinco de la tarde continuarían trabajando aún cuando no necesitasen el dinero.

El profesor Warr, extrapolarlo sus averiguaciones, considera que la mayoría de las personas «necesitan sus trabajos por importantes exigencias psicológicas».

La historia de la Psicología Industrial es una historia de contradictorias luces y sombras, donde la verdadera ciencia está aún por hacer; una historia determinada por la voluntad del sesgado y parcial «cientismo» generado por los gabinetes psicológicos de los departamentos Comerciales, de Estudios de Mercados y de Organización y Personal. Una ciencia que, en palabras de Habermás, podríamos llamar «ciencia interesada».

Existen falsedades —o afirmaciones indestructibles— mantenidas durante decenios que podríamos decir que han llegado a formar parte del «alma colectiva»; engaños, tan duraderos, que parecen ya consustanciales a la especie humana. Una de estas falacias es el trabajo. Si tenemos la paciencia de asomarnos al diccionario, comprobaremos que sus definiciones se cimentan sobre ficciones «socialmente admitidas». De ahí su perdurabilidad. El trabajo ha sido y es definido como «producción de riqueza» (sin que se explicita para quién). El trabajo, también es entendido como contrapuesto al capital (es que ¿acaso todo capital no procede del trabajo?). Pero la definición genuina de trabajo, la etimológicamente radical, la encontramos en el Diccionario Crítico Etimológico de Corominas: «trabajar, del latín vulgar *v.g. tripaliare* «torturar», derivado del «tripalium» especie de cepe o instrumento de tortura...».

¿Se habrá confundido, pues, el profesor Warr, y lejos de ser algo apetecible, será el trabajo un tormento? ¿una miseria —una más— de la especie humana? ¿No se confundirán sistemáticamente los bien colocados psicólogos industriales cuando equiparan la idea de trabajo a «trabajo organizado»? ¿No nos querrán meter de rondón la idea de que la situación ideal para el equilibrio psíquico es el trabajo jerarquizado? ¿No sería recomendable que esos altos porcentajes que, según el citado profesor, seguirían trabajando sin cobrar, pasaran por el psiquiatra, antes de hacerlo por el psicólogo?

Es cierto —la Psicología Evolutiva lo demuestra— que somos lúdicos, activos y juguetones desde niños; que nos gusta inventar, accionar, pensar e imaginar; en definitiva: trabajar. Es —en mayor o menor medida— cierto. Pero —insisto—, trabajar no equivale a trabajar supeditado, jerarquizado, sin cultivar la razón, trabajar para otro. Eso es un castigo, un potro de tortura, una vejación disfrazada.

Por todo eso es preciso ser crítico con ciertas tendencias de la Psicología Industrial, que, por interesadas, dejan de ser objetivas e imparciales; dejan, por tanto, de ser ciencia. Ellas contemplan al ser humano en tanto que naturaleza productiva, laborante, competitiva. No es por casualidad que esa especie de Psicología haya olvidado el estudio del ocio. No es rentable. Pero, sin embargo, el ocio colectivo, más aún que el trabajo, es el motor fundamental de la historia; una historia, que por no interesar a las empresas competitivas, deja de ser objeto de estudios psicológicos. Y ya se sabe, para ciertas escuelas de Psicología, lo que no interesa no existe; así de claro.

El drama y la gloria —todo a la vez— del ser humano, surge cuando, liberado de sus jerarquizaciones, y servidumbres cotidianas,

tiene la oportunidad de inventar, construir y llenar su tiempo libre. Es entonces cuando le asalta el sentimiento de soledad; la soledad de los ociosos. Nos aterroriza la soledad; estamos educados para trabajar «organizados»; en cadena; en efecto: encadenados; eso es lo «normal». Pero, como hace poco señalaba Antonio Gala, «ninguna generación incapaz de soportar con serenidad cierto grado de aburrimiento será una generación con grandes personalidades», ya que «la impaciencia por llegar al final desatiende y marcha el camino entero». «Una vida rigurosamente vacía de aburrimiento —en el sentido de monotonía y tedio producidos ya por el trabajo, ya por la inacción— es, como la desprovista de ensemiamiento, una vida rigurosamente vacía y nada más».

Por todo esto, pienso que eso de que «la mayoría de los humanos necesitan sus trabajos por causas psicológicas» necesita también ser puntualizado: el profesor Warr, como la mayoría de los científicos funcionalistas, no analiza las causas por las que el mundo se halla dividido en manuales y pensantes, ni las causas que han descuartizado sus funciones. No analiza, en definitiva, si el modo de producir y tabajar en un modo universal o particular, ya que si de verdad interesara conocer las causas de semejantes divisiones, lograríamos saber algo que, paradójicamente, «no interesa saber» a los «psicólogos capitalistas»: las raíces del descontento, del disgusto y del sufrimiento del trabajador generados por una sociedad artificial y jerarquizada; lograríamos saber que no son «la mayoría de los humanos los que necesitan sus trabajos por causas psicológicas» sino que más bien son las minorías poderosas, quienes tienen la «necesidad psicológica» de seguir explotando, creando así, insatisfacción y agresividad en las organizaciones.

(*) Psicólogo

Inposaketak

Estoniak, Armeniak, Moldabiak, Lituaniak, Moskuren aginpetik askatu nahirik, Autodeterminazio-Eskubidea aldarrikatzen dute. Kossovok eta Eslobeniak, Belgradotik jaregin nahirik, autodeterminazio-Eskubidea aldarrikatzen dute. Eta, bazter guztietan, Madril eta Parise barne, txalo jotzen diete ozenki: «Bejondeizuela! Herrien Autodeterminazio-Eskubidea, sakratua da».

Euskaldunok eskubide horixe se-riotan eskatu eta bideratu nahi izaneko, kasu! Hori jendilajea gurea! «In-solidarios», «viscerales», «románticos», «gentuza»...

Hots, Autodeterminazio-Eskubideari buruz, bi gertaera nagusi besterik ez dugu denok.

Gaurko lege-markoari honegatik edo hargatik eutsi, eta autodeterminatzeko eskubideari uko egiten diotenak gehiengo baldin badira, ez daukate berek zertan kezkatu: aurki agertuko da gure herriaren nahi hori. Honetara balitz, guk gunituzkeen hartuko alferri-kako arriskuak; eta ez berek. Quebec-tarrek 1980ko Maiatzaren 20an, galdu egin zuten erreferenduma; eta Canada-ren barruan gelditu ziren azkenean, abertzaleen esperantzak suntsituz.

Autodeterminazioaren aldekoak gehiengo baldin bagara, berriz, zeren izenean ukatuko digu gutxiengoak euskal herriari dagokion eskubide sakratu horren errespetua? Zeren zerbitzutan behartuko gaituzte lege-marko honi eustera? Nor inposatu nahi du ezer hemen: arrisku hartzeko prest gaudenok, ala «statu quo»-ari edo hala eutsi nahi diotenak?

Egiak bere bidea behar. Eta egitarako urratsok egiten hastea eskatzen dugu abertzaleok. Hastea bakarrik. Amaitzen ez den trajeria honen azkena agerrian soma dadin.

TXILLARDEGI

hemeroteca

HB y el miedo a las palabras

(«El Independiente», 2-12-89)

(...) Es que vamos a tener más miedo a las palabras que a las balas? ¿Es que una posibilidad de pacto, entendimiento o acercamiento como el habido en Argel no supone un paso hacia adelante, mucho más audaz y arriesgado para la democracia que la fórmula de juramento que está en debate? Mientras el mundo cambia en el este de Europa a pasos agigantados, aquí vamos, hoja a hoja, deshojando la margarita del juramento? Ya sabemos que los representantes de HB no han escogido precisamente el único camino de la democracia para defender sus presupuestos políticos. Pero la Constitución democrática española no tiene nada que ver con los Principios Fundamentales del Movimiento. Afortunadamente, el nuestro es un texto mucho más superior que aquellos papeles del franquismo, y sobre todo más generoso, precisamente, con los intransigentes y ampara la libertad de expresión. Por eso, y porque además los diputados son electos, y sería ridículo dejarlos sin voz ni voto en su escaño legal, nos parece impresentable la cruzada de-

rechona emprendida por el Gobierno y sus aliados. Si había que reformar con urgencia el reglamento, debería ser para que el Parlamento alcance el lugar que le corresponde en la vida política. O para que nadie pueda impedir el control de las comisiones de investigación. Pero una vez más, unos por miedo y otros por seguidismo, se ha caído en una trampa semántica y protocolaria que poco aporta.

Madrid es un batzoki

(Ramón Mur, «El Correo Español», 2-12-89)

Xabier Arzalluz lleva casi medio mes en continuas visitas a Madrid donde su principal ocupación es sellar ese acuerdo político global con el PSOE del que ha dicho el presidente del EBB que está ya muy «irillado». Lo que no parece nada probable es que, después de la trilla, ni los socialistas ni los nacionalistas estén dispuestos a aventar la parva haciendo público el contenido de sus acuerdos.

(...) El PNV y el PSOE quieren suscribir un instrumento de trabajo que sea una especie de marco genérico o campo de operaciones al que haya

que acudir para solventar los conflictos y al que se pueda recurrir cuando una de las dos partes interpetra que la otra se desmanda.

El caso es que en Madrid han escubierto al PNV que la panacea de todos los males políticos y se cree que el PSOE, tan preocupado por mantener un país económicamente saneado, precisa de su apoyo porque determinados círculos financieros y empresariales de gran importancia sostienen inmejorables relaciones con los nacionalistas vascos que capitanea Xabier Arzalluz. Visto así y desde aquí, todo este diagnóstico parece excesivo pero quizá es que en Madrid disponen de datos sobre la actualidad política vasca de los que carecemos en Euskadi, entretenidos diariamente en subir y bajar por Altube.

El imperativo legal

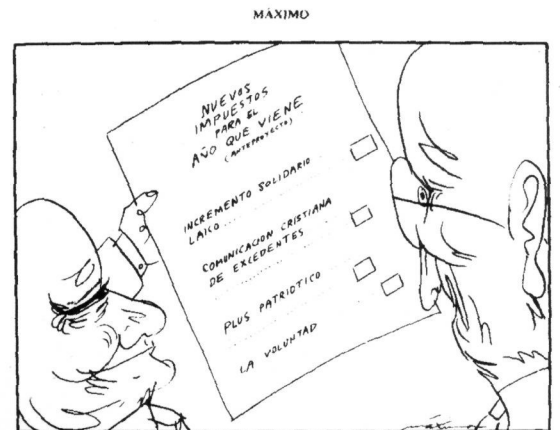
(Carlos E. Rodríguez, «Navarra Hoy», 2-12-89)

No se acaba de entender el empujamiento de negar a los diputados de Herri Batasuna el derecho que tuvo Carlos Garaikoetxea para acatar la Constitución «por imperativo legal». No es bueno, bajo ninguna circunstancia, transmitir la impresión de desigualdades ante la ley.

Si los representantes de Herri Batasuna son «diputados de segunda clase», también son votos de segunda clase los del importante porcentaje de ciudadanos vascos que les respaldaron en las urnas. No parece un camino racional. Sucede además que los juristas de relieve, y de ideas por cierto nada afines a las defendidas por HB, coinciden en estimar que el Tribunal Constitucional respaldaría inequívocamente la fórmula de acatamiento

utilizada por Garaikoetxea y que desean utilizar ahora los diputados «abertzales».

¿Queremos acaso llegar, por el camino del deterioro de las instituciones, a una confrontación entre el Congreso de los Diputados y el Tribunal Constitucional? Si hay razones subterráneas para el empujamiento deben poder ser explicadas a los españoles. En otro caso no serían razones, sino pretextos o excusas.



«El País»